EL DESTINO.

COMEDIA EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON MANUEL JUAN DIANA.





MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

AL SEÑOR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Tributa esta sencilla prueba de verdadera amistad

MANUEL JUAN DIANA.

PERSONAJES.	ACTORES.
JIMENEZ....................	D. F. Ossorio.
MANUEL....................	D. M. Ossorio.
RAFAEL....................	D. Victorino Tamayo.
ADELA....................	D.ª Maria Rodriguez.
ANTONIO....................	D. J. Alisedo.
MOZO 1.º....................	
MOZO 2.º....................	
MOZO 3.º....................	

La escena pasa en Deva en el parador de diligencias en 1853.

ACTO ÚNICO.

Sala de paso. Entre los muebles dos butacas y mesa con recado de escribir. Dos puertas á cada lado que dan á corredores ó pasillos, una practicable en el fondo; entre las dos de la derecha habrá una ventana.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL *y el* MOZO 1.º, *poco despues* MANUEL *y el* 2.º; *todos vienen por la puerta del fondo.*

MOZO 1.º En este corredor debe de estar el número tres. (*Por la primera puerta de la izquierda.*)
RAFAEL. Pues, mira, deja allí mi equipaje; me iré á dar una vuelta por el pueblo, porque si me echo á dormir no me levanto hasta mañana.
MOZO 1.º Corriente. (*Entra por dicho lado.*)
RAFAEL. (*Acercándose á la ventana.*) ¡Bonita vista!
MOZO 2.º Este pasillo conduce al número cuatro. (*Por la primera puerta de la derecha.*)
MANUEL. Déjalo todo allí, cierra, y tráeme la llave.
MOZO 2.º Al momento. (*Entra por dicho lado.*)
RAFAEL. (*Volviéndose.*) ¡Qué miro! ¡Manuel!
MANUEL. ¡Rafael! (*Se abrazan.*) ¿Tú en Deva?
RAFAEL. ¿Y tú?
MANUEL. Feliz casualidad, mi querido Rafael.

RAFAEL. ¡Estoy loco de alegria! ¿de dónde vienes?

MANUEL. He pasado un año en estas provincias, visitando detenidamente sus antigüedades, sus monumentos, me faltaba ver esta poblacion, no habia estado en Deva, y dije: la veré, y de paso tomaré algunos baños. ¿Tú vienes de Francia?

RAFAEL. Si, chico, alli he visto trascurrir deliciosamente dos años, que me han parecido un dia, y á mi vuelta he querido tocar en este punto con la misma idea que tú.

MOZO 1.° Alli queda. (*Salen los dos por donde se fueron.*)

MOZO 2.° La llave, señorito (*Da una llave á Manuel.*), y por cierto que está buena.

MANUEL. ¿Pues, qué tiene!

MOZO 2.° Que ni cierra ni abre bien.

RAFAEL. Llega una diligencia.

MOZO 1.° La de Madrid. (*Vánse los Mozos.*)

MANUEL. ¡Mi querido Rafael! no me canso de celebrar la feliz casualidad que nos ha reunido en este punto.

RAFAEL. Mucho te he echado de menos en mis viajes. Nosotros que no nos separábamos nunca, nunca: ¿te acuerdas?

MANUEL. Nos llamaban los inseparables, nadie comprendia al uno sin el otro. Alli van, decian, Pílades y Orestes.

RAFAEL. Teseo y Piritoó.

MANUEL. ¡Oh! dame otro abrazo.

RAFAEL. ¡Querido Manolo!

MANUEL. ¿Y cómo vamos de sueño? ¿eres todavia tan dormilon?

RAFAEL. Ó mas; y por cierto que le tengo... y de firme, hace tres dias, tres noches que no cierro los párpados.

MANUEL. ¡Pues, donde caigas!.. ¿te acuerdas en le guerra de Cataluña? habia dias que entrabas en accion medio dormido.

RAFAEL. ¡Qué diablo! si Cabrera no le dejaba á uno descansar; ahora es otra cosa, desde que me retiré del servicio...

MANUEL. Dormirás á pierna suelta hasta las tres de la tarde.

RAFAEL. Pues, esa es mi hora. Tambien has dejado el servicio, ya lo sé.

MANUEL. Tambien, me aburria ya la milicia.

RAFAEL. Hemos sacado buenas reliquias.

MANUEL. Yo, cinco heridas.

RAFAEL. Yo, cuatro.

MANUEL. ¿Te acuerdas de la noche de Pinós?

RAFAEL. No me la nombres; pero si hemos derramado nuestra

sangre en los campos de batalla, nos premia á los dos la cruz laureada de San Fernando.

MANUEL. Y eso es algo.

ESCENA II.

MANUEL, RAFAEL, ANTONIO, *saliendo por el fondo.*

ANTONIO. Bien, bien, en esta pieza aguardaré.

RAFAEL. ¡Antoñuelo!

MANUEL. ¡Querido Antonio?

ANTONIO. ¡Oh dicha! ¿vosotros por aqui?

MANUEL. Acabamos de llegar.

RAFAEL. ¿Y tú?

ANTONIO. Ahora salto de la diligencia de Madrid.

RAFAEL. ¿Y qué ocurre por allá de bueno?

ANTONIO. Lo de siempre: nada.

MANUEL. ¿Vienes á bañarte?

ANTONIO. No sé, vengo aqui; no sabia donde pasar el verano, ni qué hacer; me aburria en Madrid.

MANUEL. Y te has embocado en Deva. ¿Tienes algo por aqui?

ANTONIO. Nada. Hace ocho dias pasaba por la calle de Alcalá, sin objeto, sin rumbo, sin idea fija. Acerté á mirar á esa ristra de letreros que ponen en las casas de las diligencias; Barcelona, Tarragona, Vich, etc. La primera poblacion que lel fue Deva, bajé la cabeza y anduve algunos pasos repitiendo maquinalmente: Deva, Deva. Cerca ya del Prado, me habia ya olvidado de la tal palabra, cuando oigo á uno que decia á otro: este verano voy á Deva; y yo me fuí repitiendo otra vez por lo bajo: Deva, Deva. Me habia olvidado segunda vez de tal nombre, cuando tropiezo con otros dos que estaban disputando y decia el uno; á mi que no me vengan con historias, porque quizá pague el que no *deba.* Paréme de repente y dije: esto quiere deçir algo, Deva por aqui, Deva por alli, y Deva por allá, pues el destino me quiere en Devá, retrocedi, arreglé mi equipaje, y ya me teneis en Deva.

MANUEL. Eres original en todo.

RAFAEL. ¿Segun eso no has variado?

ANTONIO. En nada. Todo lo dejo al destino, á la fatalidad.

MANUEL. ¿Te casaste?

ANTONIO. Nada de eso, pero he puesto los medios.

RAFAEL. ¿A tu manera?

MANUEL. ¿De algun modo extravagante?

ANTONIO. No lo entendeis. ¿A qué afanarse uno en solicitar la mano de esta ó de la otra? ¡La que os depare el destiuo se os ha de venir á las manos sin que la busqueis, por ensalmo, como por magia. Hace mas de un año vi en Madrid á una muchacha lindísima, la seguí, la di á entender que me gustaba, ella lo comprendió; paseé tres dias su calle y no en balde, pues conseguí que me mirase por entre unas persianas verdes; al cuarto dia llevé un billete, pocas palabras. Señorita: creo que la amo á usted; tengo dos mil duros de renta; ¿quiere usted casarse conmigo? y abajo mi firma.

MANUEL. ¡Que extravagancia!

ANTONIO. Leyó el billete sonriéndose, yo la estaba mirando desde la calle; acabó de leer, me hizo un saludo con la cabeza y se retiró, pasé luego algunos dias, pero en balde, no se presentó mas. Las persianas verdes estaban completamente cerradas. Yo dije para mí: estará tomando informes, ello dirá; pero me retiré y no volvi á pasar por la calle, haciéndome esta cuenta: si está de Dios que sea mia, si el destino me la depara, cuando menos lo piense, sea hoy, ó de aqui á seis años, en España, en Flandes, en Pekin, se me ha de venir á las manos. Saldrá de debajo de la tierra, vendrá por los aires; no se como, pero repito, si el destino me la depara, vendrá. Un año hace que no sé del santo de su nombre.

RAFAEL. ¡Qué cosas tienes!

MANUEL. Pues, ya te vas casando.

RAFAEL. Me comprometo á ser tu padrino. A gastar en tu boda mas que...

MANUEL. Y yo testigo; ¡já! ¡já! ¡já!...

RAFAEL. ¡Genio y figura!

ANTONIO. Con que amigos mios, yo venia á esta pieza creyendo estar solo; deseo entregarme á mis pensamientos, á bien que tiempo nos queda para estar juntos; hasta luego.

RAFAEL. ¡Adios!

MANUEL. ¡Abur!

ESCENA III.

¦Rafael, Manuel.

Rafael. ¿Has visto hombre mas original?
Manuel. A mi me divierte. Todo, todo lo atribuye al destino.
Rafael. Pues si está esperando que la otra le venga á buscar para casarse ¡ya está fresco!
Manuel. Si no viene, se consolará con decir que su destino no le quiere casado. ¿Y tú, Rafael, cuándo te casas?
Rafael. ¡Ay! Manolo, con esa esperanza doy la vuelta á Madrid. En los cuatro años que hemos pasado sin vernos, he conocido á una mujer encantadora; ¡qué gracia, qué donaire! y sobre todo ¡qué juicio!
Manuel. Yo he conocido otra; no quiero hacerte su elogio: debe bastarte el saber que he pensado ya formalmente en doblar la cerviz.
Rafael. Auuque ausente uno de otro, mi querido Manolo, obramos siempre unánimemente. ¡La simpatia que une nuestras almas!..
Manuel. ¡La simpatia!
Rafael. ¡Qué felices seremos!
Manuel. Al lado de nuestras queridas esposas.
Rafael. Y con un par de pimpollitos al lado cada uno.
Manuel. ¡Oh!
Rafael. Hemos de buscar una casa que tenga dos cuartos en uu piso.
Manuel. Y abriremos por dentro una comunicacion.
Rafael. Será una familia dividida en dos.
Manuel. Dos familias reunidas en una.
Rafael. ¡Oh, placer!
Manuel. ¡Oh, dicha! (*Se oye preludiar en un piano.*)
Rafael. ¡Hola!
Manuel. ¿Esas tenemos?
Rafael. ¿Piano aqui?
Manuel. Vamos á pasar un verano delicioso. (*Adela canta dentro al piano cualquiera pieza corta de ópera ó zarzuela.*)
Rafael. ¡Cielos!
Manuel. ¡Qué escucho! } (*Al empezar el canto.*)
Rafael. Calla, calla. }
Manuel. ¡Es la voz de Adela!

RAFAEL. Si, de Adela.
MANUEL. ¿La conoces tú?
RAFAEL. ¡Si es mi novia!
MANUEL. ¡Si es la mia!
RAFAEL. Manuel, ¡me has muerto!
MANUEL. ¡Estoy sin aliento!
RAFAEL. No estemos en un error.
MANUEL. Preguntemos.
RAFAEL. (*Se acerca á la puerta del fondo.*) ¿Mozo?
MANUEL. ¡Si fuese la misma!

ESCENA IV.

MANUEL, RAFAEL, JIMENEZ.

JIM. Presente.
MANUEL. ¿Aqui cantó una señorita?
JIM. Efectivamente.
RAFAEL. ¿De dónde es?
JIM. De los Madriles.
MANUEL. ¿Cómo se llama?
JIM. Adela.
RAFAEL. ¡Dios eterno!
MANUEL. ¡Ay!
RAFAEL. ¿Cuándo llegó?
JIM. Hace tres dias.—Tiene su cuarto al fin de ese corredor. (*Por la segunda puerta de la izquierda.*) Donde empieza la escalera que va al patio.
RAFAEL. ¿Con que es decir que el destino levanta entre los dos una barrera?
MANUEL. No, no: siempre serás mi Pílades.
RAFAEL. Y tú mi Orestes.
JIM. (¡Vaya un par de nombres!)
MANUEL. ¡Pero esa enemiga!..
RAFAEL. ¡Es una coqueta infame!
MANUEL. Esto no ha de quedar asi.
RAFAEL. De ningun modo.
MANUEL. ¡Venganza!
RAFAEL. Si, ¡venganza!
JIM. ¿Por lo visto esa pecadora?...
RAFAEL. Nos engaña á los dos.
MANUEL. ¿Con quién ha venido de Madrid?

JIM. Con un diablo, digo, con una vieja.
RAFAEL. ¡Su tia!
MANUEL. Pues ya no podemos entrar de mano armada: mas quisiera encontrarme con Cabrera.
MANUEL. Nos arañaria á los dos.
RAFAEL. Si pudieramos verla sola, lejos de su tia.
JIM. Cosa muy fácil.
RAFAEL. ¿Cómo?
JIM. Me explicaré: yo me llamo Francisco Jimenez, natural de Ronda; hice toda la guerra contra don Cárlos, y tomé la paloma en estas provincias, y aquí me quedé.
MANUEL. ¡Bah! ¡bah! dejadnos en paz.
JIM. Poco á poco; digo que aunque me ven ustedes en Deva, sé rasguear una guitarra que dice soleá.
RAFAEL. ¡Eh! quitaos del medio.
JIM. Despacito; le digo á usted que todas las tardes á estas horas me pongo ahí debajo de esa ventana á echar gloria por esta boca.
MANUEL. ¿Quieres irte de aqui con mil diablos?
JIM. Y que esa señorita se viene pasito á paso y se coloca ahí (*Señalando á la ventana.*), y se está oyendo, que se le cae la baba.
MANUEL. ¡Ah!
RAFAEL. Eso es otra cosa.
MANUEL. Pues volando.
RAFAEL. El caso es que si al salir nos ve va á retroceder.
MANUEL. Escondámonos, y al verla aqui salimos de golpe.
RAFAEL. La matariamos de un susto.
MANUEL. Del que he llevado yo me flaquean las piernes, Rafael.
RAFAEL. Y á mí.
JIM. Pues entonces me parece mejor una cosa: se sientan ustedes, y hacen como que estan durmiendo.
MANUEL. Dice bien.
RAFAEL. Y asi podremos ver la impresion que la causa el vernos en Deva.
MANUEL. Y lo que hace.
JIM. Pues, manos á la obra.
RAFAEL. Tú á cantar. (*Váse Jimenez por el fondo.*)

ESCENA V.

RAFAEL, MANUEL. *Se sientan en las butacas, uno á cada lado del teatro.*

MANUEL. Ha sido buena la idea: de todos modos no podia tenerme en pié.

RAFAEL. Ni yo.

MANUEL. Lo estoy viendo y no lo creo: ¡tú, tú rival mio, querido Rafael?

RAFAEL. Eso es inicuo; poner á dos amigos que se quieren como hermanos en el caso de ser enemigos.

MANUEL. Nunca.

RAFAEL. Nunca; pero es que la amo.

MANUEL. Y yo.

RAFAEL. Pues ó renunciamos á ella, ó hétenos enemistados.

MANUEL. A no ser que el uno se la ceda al otro.

RAFAEL. Cédemela tú, Manuel.

MANUEL. ¿Yo? De ningun modo.

RAFAEL. Pues, en ese caso...

MANUEL. En ese caso... (*Se oye rasguear una guitarra y poco despues cantan dentro.*)

RAFAEL. Y canta bien el maldito.

MANUEL. A no ser de Ronda.

RAFAEL. Pues chico, no viene.

MANUEL. No tarda; ten paciencia.

RAFAEL. Si no viniere, yo no entraba á verla. Me despeluzna la vieja.

MANUEL. Y á mi. ¡Qué vestiglo! (*Cantan dentro. Antes de concluir esta cancion se presenta Adela en la segunda puerta de la izquierda: Manuel y Rafael fingen dormir: el primero estará á la derecha.*)

ESCENA VI.

MANUEL, RAFAEL, ADELA. *Al dirigirse Adela á la ventana repara en Manuel.*

ADELA. ¡Qué miro! ¡Es Manuel! Si, si. ¡Oh dicha! ¿Qué hago que no le despierto? Mas no, no interrumpamos su sueño. Bien decia mi tia: Manuel está viajando por las pro-

vincias Vascongadas; pues vamonos á Deva, y aunqna no se lo escribamos, él sabrá nuestro paradero. ¡Oh! si, y él lo sabe, porque su amor... pero ¿cómo no entró á verme apenas llegó? ¡Calle! (*Repara en Rafael, que tendrá parte de la cara cubierta con la mano.*) ¿Otro hombre durmiendo? Será algun amigo. (*Se acerca y cree reconocerle.*) ¡Dios eterno! ¿Será posible? ¡Rafael, si, Rafael! ¡Los dos aqui! ¡estoy perdida! Pero ¿no sabrán?... ¿Y qué he de hacer? (*Va á la ventana y llama en voz baja.*) ¡Jimenez! ¡Jimenez!

ESCENA VII.

MANUEL, RAFAEL, *fingiendo dormir*; ADELA, JIMENEZ, *que sale por el fondo.*

JIM. Estaba aqui.
ADELA. Dime, ¿cuándo han llegado estos caballeros?
JIM. Hace poco.
ADELA. ¿Juntos?
JIM. No, señora: este, que se llama (*Por Rafael.*) ¿cómo dijo? Ah, si, Herodes; viene de Vitoria; y este otro, el señor Pilatos, de Francia.
ADELA. ¿Qué nombres son esos?
JIM. Los que ellos se dan.
ADELA. ¿Saben que estoy yo aqui?
JIM. Presumo que no, porque decian que se iban á aburrir en este pueblo.
ADELA. ¿Va á marchar alguna diligencia?
JIM. Dentro de un cuarto de hora.
ADELA. No les dirás que he estado en Deva, ¿lo oyes?
JIM. ¿Se va usted á marchar?
JIM. Si, ayúdame á arreglar mi equipaje, yo te daré cuanto quieras.
JIM. Pero su tia de usted?..
ADELA. Yo mando en mi tia.
JIM. ¿Pues entonces vamos?
ADELA. Si. (*Al irse por donde vino, finge Manuel que despierta.*)
MANUEL. ¡Ah! (*Desperezándose.*) ¡Adela! (*Fingiendo reconocerla.*)
ADELA. (¡Adios!) ¡Qué miro! ¡Manuel! ¿Pues cómo aqui!
MANUEL. ¿Eso me preguntas, bien mio? supe que estabas en Deva y...

ADELA. ¡Manuel! ven te presentaré á mi tia.
MANUEL. No, bien mio, deseaba hoy verte asi, sin testigos.
ADELA. ¿Sin testigos? Aqui no lo consigues, ese hombre... (*Por Rafael.*)
MANUEL. Duerme profundamente.
ADELA. Pero si despierta...
MANUEL. No importa; somos íntimos amigos.
ADELA. ¡Pues! ¡amigos! Siempre con los amigos, pues quédate con ellos.
MANUEL. No, no te vas.
ADELA. ¡Con qué tono lo dices! (*Con risa forzada.*) ¡Já! ¡já! Me haces reir.
MANUEL. ¿Con que no te gusta que tenga amiguitos?
ADELA. Me empalaga.
MANUEL. ¿Y qué hace uno con los que ya tiene?
ADELA. Dejarlos.
MANUEL. ¿Si, hé?
ADELA. Sí, y si no lo haces, yo te dejaré á tí para siempre.
MANUEL. ¡Adela!
ADELA. Dentro de un cuarto de hora, de diez minutos parto de aqui con mi tia, me cansa este pueblo.
MANUEL. ¿Partes de veras?
ADELA. De veras.
MANUEL. (¡Diablo!)
ADELA. Otro que tuviera mas amor que tú, se apresuraria á...
MANUEL. ¿A irse contigo?
ADELA. Cierto.
MANUEL. (*Ap. y mirando á Rafael.*) (Pues como durmiera de veras, ya estaba hecho.)
ADELA. Adios.
MANUEL. Espera, Adela; tú no me amas.
ADELA. ¿Que no te amo? ¿te lo ha dicho algun amigo? ¡ingrato!
MANUEL. Adela, trinaba contra tí, pero en viéndote...
ADELA. ¿Contra mí? ese hombre será la causa; pues escoge entre él y yo.
MANUEL. (¿Si se habrá dormido de veras?) Rafael. (*Llamándole.*)
ADELA. No, no.
MANUEL. Creo que está como un tronco, si, él decia que tenia sueño. Rafael... se durmió, ya tiene para rato. Adela me voy contigo. ¿Y á dónde?
ADELA. Á San Sebastian, á Vitoria, á Madrid, á donde quieras.

MANUEL. Jimenez, ven por mi equipaje. *(Saca la llave y se la dá á Jimenez.)*
ADELA. Si, mi tia y yo aviaremos el nuestro en cuatro minutos.
JIM. Como se empeñe la llavecita en no abrir... si está la cerradura descompuesta.
MANUEL. Echaremos la puerta abajo.
JIM. ¿Pero... *(Por Rafael.)*
MANUEL. Está como un leño, procura que no le despierten y dormirá de un tiron veinticuatro horas.

ESCENA VIII.

ADELA, RAFAEL, *fingiendo dormir.*

ADELA. ¡Qué susto me llevé! debo procurar ante todo que no se vean. Si lo supieran, se batirian á muerte, los conozco á los dos. Evitemos el golpe, y Dios dirá. Voy... *(Al irse por donde vino va Rafael por detras de puntillas y la agarra el vestido.)* ¡Ah! *(Dando un grito.)*
RAFAEL. A los pies de usted.
ADELA. Beso á usted la mano ¡já! ¡já! ¡já! *(Con risa forzada.)*
RAFAEL. ¿Le causo á usted risa?
ADELA. Y mucha.
RAFAEL. ¿Si, eh?
ADELA. Y otra cosa mas.
RAFAEL. ¿Qué?
ADELA. Desprecio.
RAFAEL. (¡Qué desfachatez!)
ADELA. Eso merecen los hombres que se portan como usted...
RAFAEL. ¿Y qué merecen las mujeres que se conducen?...
ADELA. ¿Como yo?
RAFAEL. Si.
ADELA. Lástima.
RAFAEL. Ciertamente.
ADELA. Si, lástima merecen las mujeres que al notar el desvio del hombre á quien aman... no pueden olvidarle.
RAFAEL. ¡Fementida! ¿me podrás negar que te ibas á marchar con otro?
ADELA. No lo niego; me iba con él... porque te quiero.
RAFAEL. ¿Qué estás diciendo?
ADELA. Si, por darte enojos, si, me iba con él, y le hubiera dado mi mano por ver si asi te morias de despecho.

RAFAEL. ¡Adela!

ADELA. Eso merece quien despues de mentir amor y de...

RAFAEL. ¡Adela!

ADELA. Se marcha; está dos años en Francia sin escribir mas que una vez cada dos meses, y eso con frialdad, con indiferencia, asi, por cumplir, por pasar el rato, y luego viene usted á exigir consecuencia, fidelidad: ¡pues! ¡qué lástima!

RAFAEL. (Casi tiene razon.) Pero, Adelita, los correos se extravian.

ADELA. Pretestos.

RAFAEL. ¿Con que era por darme enojos?

ADELA. Por eso.

RAFAEL. ¿Luego reino en tu corazon?

ADELA. A pesar mio.

RAFAEL. ¿Y te vas con él?

ADELA. Tú tienes la culpa.

RAFAEL. ¡Buena partida me iba á jugar! no lo esperaba de su amistad.

ADELA. ¡Fíate de los amigos!

RAFAEL. Adela, yo, yo voy á ser el que se va contigo: ¿quieres que le sustituya?

ADELA. ¿Cómo?

RAFAEL. Yo discurriré un medio. (*Pausa.*) ¡Ah! vas á escribir una carta.

ADELA. ¿Qué me propones?

RAFAEL. O él, ó yo. Si no te resuelves, daremos un escándalo en Deva.

ADELA. Pero...

RAFAEL. Escribe, escribe.

ADELA. (*Sentándose á escribir.*) Rafael, no me comprometas.

RAFAEL. (*Dictando.*) «Acaba de despertar tu amigo: no podemos »partir en la diligencia, pero he mandado preparar un »coche.»—¡Mozo! ¡Mozo! (*Llamando á la puerta del fondo.*) «No salgas de tu cuarto: aguárdate ahí con el Mo»zo hasta que yo te avise. Adela.» (*Se presenta el Mozo 1.°*)

ESCENA IX.

RAFAEL, ADELA, *el* Mozo 1.° *y luego el* 3.°

Mozo 1.° Señor.
RAFAEL. Vas á cargar con mi equipaje.
Mozo 3.° ¿Quién llama por aquí?
RAFAEL. Aguárdate. Adela, no perdamos tiempo.
ADELA. Voy, voy. (*Váse.*)
RAFAEL. Ven tú conmigo: y tú vas á entregar esta carta al caballero del número 4, pero no digas que te la he dado yo, sino esa señorita que acaba de salir, ¿lo entiendes? mira que si no te mato.
Mozo 3.° Está bien, señorito.
RAFAEL. Pues lo harás luego, luego, luego. (*Váse corriendo con el Mozo* 1.°)

ESCENA X.

El Mozo 3.°

¡Luego, luego, luego? pues esto no corre prisa, esto quiere decir que se la entregue dentro de un gran rato; esto es. ¡Carambola! y para eso llamar con tanta prisa que parece que se desgañitaba; yo me pensé que le mataban. ¡Diablo de señoritos! tienen unas cosas, pero yo los entiendo, como soy Toribio; ya le entregaré el papelito, luego, luego, luego. (*Váse por donde vino.*)

ESCENA XI.

RAFAEL, MANUEL, *se ven de frente al dar los primeros pasos en la escena.* JIMENEZ, *y el* Mozo 1.°, *vienen detras cargados con los equipajes.*

RAFAEL. ¡Cómo!
MANUEL. ¡Qué miro!
RAFAEL. ¿Dónde ibas con el equipaje?
MANUEL. Chico... (*Titubea.*) á tu cuarto, me ocurrió que estariamos mejor juntos: ¿y tú?

RAFAEL. Se me ocurrió la misma idea; pero ¿no recibiste una carta?

MANUEL. No, ¿de quién?

RAFAEL. De una persona que te interesa mucho, de Adelita.

MANUEL. ¡De Adela! ¡no la nombres, porque!..—Jimenez, lleva ese equipaje á mi cuarto.

RAFAEL. Mozo, haz lo mismo. (*Vánse Jimenez y el Mozo 1.° por donde vinieron.*)

ESCENA XII.

MANUEL, RAFAEL, *quedan en silencio algunos instantes.*

RAFAEL. Sí, querido Manolo, sí, por mas que nos sea doloroso, un nubarron oscuro empaña el horizonte de nuestra amistad.

MANUEL. Sí, se levanta una barrera entre los dos, no procuremos engañarnos, no nos hagamos ilusiones.

RAFAEL. Y lo peor es, que Adela tiene disculpa en cierto modo.

MANUEL. ¿Pues, cómo?

RAFAEL. ¿Cuándo la conociste tú?

MANUEL. Hace un año.

RAFAEL. Pues, uno despues de mi viaje á Francia. Yo la juré que todas las semanas recibiria dos cartas mias. En aque Paris, en aquel laberinto, me faltaba tiempo para todo; ¡en un año la escribí cinco veces! picado su amor propio, creyéndose olvidada...

MANUEL. Es el caso, querido Rafael, que yo la quiero, que no puedo renunciar á ella, verla en brazos de otro, ni aun de tí mismo.

RAFAEL. Ni yo puedo soportar esa idea, mas fácil me seria olvidarla sabiendo que tú lo hacias tambien; así nuestra amistad seria imperecedera.

MANUEL. Yo me conformaria con eso.

RAFAEL. Renunciemos á ella.

MANUEL. Sí, sí, pero demos algun paso, hagamos alguna cosa que nos separe de ella para siempre.

RAFAEL. (*Saca un retrato del bolsillo.*) ¿Ves su retrato?

MANUEL. Te comprendo. Mira qué lejos tengo otro.

RAFAEL. Pues, bien. El mar está á treinta pasos ¿lo ves? Así como quien tira una piedra, bien podrá llegar hasta él. Sepulte el mar salado su hermosura.

MANUEL. Si, si; digamos como el otro.
»*Sirena engañadora,*
»*huye de mí.*»

RAFAEL. Y puesto que va á salir una diligencia, quitémonos de medio.

MANUEL. Es el mejor modo de olvidarla. Ea, pues, tira.

RAFAEL. Tira tú.

MANUEL. Pues, allá va. (*Hace la accion de tirar y se para.*) Hombre... hazme el favor.

RAFAEL. No titubees. Verás yo. (*Al tirar se queda con el brazo levantado.*) Chico, me es imposible tirarle por mi mano.

ESCENA XIII.

RAFAEL, MANUEL, JIMENEZ, *el* MOZO 1.° *que se retira por la puerta de la derecha.*

MANUEL. ¿Jimenez?

JIM. Señor.

MANUEL. Cuando yo no este aqui, arroja este retrato al mar desde esa ventana, y haz que vengan dos mozos al instante por nuestros equipajes.

RAFAEL. Toma, arroja este otro: asi despachamos.

MANUEL. Adios. (*Váse por el pasillo que conduce á su cuarto.*)

RAFAEL. Adios. (*Váse por el que va al suyo.*)

ESCENA XIV.

JIMENEZ, *los* MOZOS 1.° *y* 2.°

JIM. ¡Vaya una embajada! (*Al verlos atravesar por la puerta del fondo.*) ¿He? vosotros.

MOZO 1.° ¿Qué ocurre?

JIM. Teneis que cargar con los equipajes de estos caballeros.

MOZO 1.° ¿Otra vez?

JIM. Otra vez, y de esta si que se largan.

MOZO 1.° Vamos antes por otros, y volvemos.

ESCENA XV.

JIMENEZ, *poco despues* MANUEL, *luego* RAFAEL.

JIM. ¡Qué diablo! ¿y los he de tirar? esto parece oro; no hay mas; pues me los guardo, que no estan los tiempos... (*Se los mete en el bolsillo.*)

MANUEL. ¡Jimenez!

JIM. ¿Qué le pasa á usted?

MANUEL. ¿Tiraste los retratos?

JIM. Al instante.

MANUEL. ¡Ay!

JIM. ¿Lo siente usted?

MANUEL. Te hubiera dado por él cuanto tengo.

JIM. Si, pues... (*Echando mano al bolsillo.*)

MANUEL. ¡Ah! (*Coge el suyo.*) Este, pero no se lo digas á mi amigo. Toma. (*Le da dinero.*) ¿Vienen los mozos por el equipaje?

JIM. Al momento.

MANUEL. Pues allí espero y silencio, ¿lo oyes? (*Entra corriendo por el pasillo que va á su cuarto.*)

JIM. Pues señor, me hago cuenta que lo he vendido á un baratillero.

RAFAEL. ¡Jimenez! ¡Jimenez!

JIM. ¿Le da á usted alguna cosa?

RAFAEL. ¿Has arrojado?...

JIM. Por el aire.

RAFAEL. ¡Me has muerto!

JIM. (Este lo va á pagar mejor.) ¿Con que tanto lo siente usted?

RAFAEL. Corre, si me lo encuentras... toma. (*Le da un bolsillo.*)

JIM. Pues en ese caso... (*Saca el retrato.*)

RAFAEL. ¡Oh! ¿Lo tenias ahí? Imágen divina, ya no te separarás de mí nunca, nunca. (*Lo besa.*)

JIM. (Dale, dale.)

RAFAEL. Que no lo sepa ese caballero ¿lo oyes?

JIM. ¡Cá! ni por pienso.

RAFAEL. ¡Adios! ¡Adios! (*Váse por donde vino.*)

JIM. ¡Jimenez! ¡Jimenez! Toma, arroja esos retratos al agua; y á los cuatro minutos, ¡Jimenez! Jimenez! daca el retrato, venga el retrato. Si los dos no estan locos que

me la claven en la frente. ¡Ea! ya despaché la mercancia. (*Se dirige al fondo cantando.*)

ESCENA XVI.

JIMENEZ, ADELA, *con sombrero de viaje.*

ADELA. Jimenez.
JIM. (Otra te pego.)
ADELA. Pues ¿qué haces ahi? ¿no estabas con ese caballero? (*Señalando al cuarto de Manuel.*)
JIM. Ya se vé que si, pero se cambiaron los vientos; ya no se marchan; es decir, se marchan los dos, pero no con usted. (La voy á engrescar.)
ADELA. ¡Qué escucho!
JIM. Hicieron las amistades y la plantaron á usted.
ADELA. ¡Ingratos!
JIM. ¡Já! ¡já! si usted hubiera visto hace un momento la que se armó aqui de toma y daca.
ADELA. ¿Qué quieres decir?
JIM. Sacan los dos su retrato de usted, y zas, al agua.
ADELA. ¿Los arrojaron?
JIM. Ni mas, ni menos.
ADELA. ¡Falsos! ¡Ingratos! ¡Villanos!
JIM. Pero entendámonos, ¿á cuál de los dos quiere usted?
ADELA. No lo sé.
JIM. ¡Alabado sea Dios!
ADELA. Queria á Rafael, le amaba con delirio: creyéndome olvidada, escuché á Manuel, que supo interesarme de tal modo, que ya no acierto á explicarme á mí misma por cuál de los dos late mi corazon.
JIM. ¿Pues sabe usted lo que se hace en ese caso?
ADELA. ¿Qué?
JIM. Se les deja á los dos con un palmo de narices.
UNA VOZ. (*Dentro.*) Jimenez.
JIM. Allá va. Con que, señorita, lo dicho.

ESCENA XVII.

ADELA, *despues* MANUEL.

ADELA. Si, si, los olvidaré, no merecen mi cariño; no son dig-

nos de que les mire á la cara. ¡Aleves! ¡dejarme asi, arrojar mi retrato!

Manuel. Adelita.

Adela. Apártese usted.

Manuel. Adelita mia, ¿pues cómo tan desdeñosa?

Adela. Mas merece usted.

Manuel. Yo, yo que te amo con delirio.

Adela. Si, mucho, y arroja usted mi retrato. (*Llorando.*)

Manuel. ¿Tu retrato? ¿Quién te lo ha dicho, quién?

Adela. Quien lo sabe.

Manuel. ¡Mienten! ¡lo llevo siempre sobre mi corazon! (*Lo saca.*)

Adela. ¡Manuel!

Manuel. Si, bien mio, te engañaron: si otro pudo deshacerse de él, yo no.

Adela. Y yo me creia olvidada de tí, despreciada.

Manuel. Despreciada, Adelita? Nunca; sino que mi estrella me hace luchar con dos afectos á cual mas tiernos. ¿Sabes tú el cariño que nos hemos profesado siempre Rafael y yo? No pueden quererse mas los hermanos; no pueden amarse mas las madres y los hijos! á no ser por eso ¿habia yo de permitir que te dirigiese ni una mirada siquiera? Le debo la vida. ¡Pobre Rafael! ¡Me la salvó con gran peligro de la suya! ¿No has oido hablar de la noche del *Santuario de Pinós*? Fué una noche horrible: nos atacaron inesperadamente los facciosos: en la primera descarga caí mortalmente herido: dos horas despues aun permanecia yo tendido en el campo, casi sin aliento; caia sobre mí granizo y torrentes de agua. Entreabria los ojos de cuando en cuando para dirigir al cielo mis últimos instantes de vida: una de las veces distingo á mi lado á un hombre: ¡era Rafael! Rafael, que me coge en sus hombros y á través de un diluvio de balas me traslada al mismo *Santuario*, en donde me prodiga los mayores cuidados. ¿Cómo se olvidan estas pruebas de cariño? Adela, es imposible; bien lo conoces.

Adela. Esa noble accion honra mucho á Rafael, pero el amor es absoluto y poderoso; cuando lucha con la amistad, triunfa.

Manuel. Casi he llegado á presumirlo, pero, Adelita, hemos quedado en ausentarnos de este pueblo en esa diligen-

cia que va á partir: ya no puedo retroceder; yo te-amaré siempre, siempre; perdóname si me ausento; ¿si?

ADELA. Bien, te perdono.

MANUEL. Nos hemos prometido los dos olvidarte, pero tú y yo nos amaremos en secreto, sin que él lo sepa! ¿me lo prometes?

ADELA. Si, si.

MANUEL. Pues, adios; no quiero que sospeche que nos hemos visto. (*Váse.*)

ESCENA XVIII.

ADELA, *despues* RAFAEL.

ADELA. ¡Van á partir! ¡Ah! yo debiera olvidarles, puesto que el amor que les inspiro deja lugar á otro afecto, á otro cariño.

RAFAEL. ¡Adela! (*Al oirle corre hácia su cuarto: él la alcanza en la puerta y la detiene.*) ¡Adela mia! ¿Por qué huyes de ese modo?

ADELA. Porque yo no debo escuchar á usted, caballero.

RAFAEL. ¿Ese rigor con quien tanto te ama?

ADELA. Mucho.

RAFAEL. Mucho, si, muchísimo.

ADELA. No lo dudo.

RAFAEL. Ni puedes dudarlo: si no te amase con frenesí, ya es-taria lejos, muy lejos de este sitio.

ADELA. El cariño de usted es muy grande.

RAFAEL. Si, tengo siempre tus facciones en mi memoria.

ADELA. Por eso no necesita usted conservar el retrato. (*Quiere irse: él la detiene.*)

RAFAEL. Adelita, no te marches: tu retrato...

ADELA. Mi retrato con mi cariño lo ha sepultado usted en las aguas. (*Quiere irse: él la detiene.*)

RAFAEL. No, no; tu retrato y tu imágen estan siempre en mi me-moria, en mi corazon. (*Saca el retrato.*)

ADELA. ¡Qué miro, Rafael!

RAFAEL. Si, bien mio, si.

ADELA. ¡Oh, dicha!

RAFAEL. Déjame besar tu mano, tu blanca mano: dos años hace que no la estrechaba entre las mias: ¡qué finura! ¡qué

cutis! Mucho mejor que antes. ¡Oh! (*Se arrodilla y le besa la mano á tiempo que se presenta Manuel.*)

ADELA. ¡Ay! (*Dando un grito al ver á Manuel. Entra en su cuarto.*)

ESCENA XIX.

MANUEL, RAFAEL, *arrodillado todavía.*

MANUEL. ¡Qué miro! ¿qué estabas haciendo.

RAFAEL. Ya lo has visto.

MANUEL. Rafael, eso no lo permito.

RAFAEL. ¿Que no lo permites? pues ya está hecho.

MANUEL. Está hecho, pero... que no lo vuelvas á hacer.

RAFAEL. Eso...

MANUEL. Eso, ¿qué?

RAFAEL. Lo veremos.

MANUEL. Pues, lo veremos.

RAFAEL. Te... le pediré á usted una satisfaccion, si es necesario.

MANUEL. Y yo te... se la daré á usted.

RAFAEL. Pues, ahora mismo.

MANUEL. Pues, salgamos.

RAFAEL. Salgamos: voy por mis pistolas. (*Se dirigen á sus cuartos respectivos.*)

MANUEL. Y yo por las mias.

RAFAEL. Oiga usted, las mias bastan.

MANUEL. Pues bien; vengan las de usted: aqui aguardo. (*Momento de pausa: quedan de espaldas: Manuel se lleva un pañuelo á los ojos.*) ¿No va usted?

RAFAEL. Es qne... ¡Manuel! ¿estás llorando?

MANUEL. Yo... no lloro, caballero.

RAFAEL. No me lo puedes ocultar.

MANUEL. Pues, bien; no lo oculto: se me saltó una lágrima, porque es usted un hombre cruel, un mal amigo.

RAFAEL. ¿Yo hombre cruel, yo mal amigo? ¿qué es lo que dices?

MANUEL. Sí, porque usted sabe que yo no puedo disparar contra su pecho, contra usted, á quion debo la vida. Si usted deseaba mi muerte, ¿por qué no me dejó usted en el campo la noche del *Santuario de Pinós*, hubiera llevado al sepulcro una idea consoladora, la de que dejaba en el mundo un amigo que lloraba mi muerte.

RAFAEL. ¡Manuel!

Manuel. ¡Ponerme en el caso de dar á usted una satisfaccion!
Rafael. No, no; fuiste tú el que me la pediste.
Manuel. Yo no; usted, usted.
Rafael. Te engañas: verás; yo dije, lo veremos; y tú me replicaste, pues lo veremos.
Manuel. Y entonces añadió usted: lo pediré á usted una satisfaccion.
Rafael. Es verdad; pero, Manuel, no sabia lo que me hablaba.
Manuel. Pues sépalo usted otra vez.
Rafael. ¿Eres rencoroso conmigo? ¿me hablas todavia de usted?
Manuel. Porque usted me habló primero.
Rafael. Te pido perdon; ¿puedo hacer mas?
Manuel. Si... darme un abrazo. (*Se abrazan.*)
Rafael. Y ahora que estamos los dos unidos, volvamos de rechazo contra esa mujer aleve.
Manuel. Salgamos de una vez de esta situacion.
Rafael. Y ella, ella misma la ha de poner término.
Manuel. ¡Ella misma!
Rafael. Entremos de golpe; ¡pero está alli la vieja!
Manuel. ¿Y qué importa? Figurémonos que es el cabecilla Forcadell con toda su jente.
Rafael. Si, si; guerra á Forcadell.
Manuel. Aguarda, aguarda, chico, francamente me arrepiento, si estuviera Forcadell entraria, pero con la vieja no me atrevo.
Rafael. ¿Que hacemos?
Manuel. Yo la haré salir. ¡Adela! (*Llamando.*)
Rafael. ¡Adela!!
Manuel. ¡Adela!!!
Rafael. ¡Adela!!!!
Manuel. ¡Adela!!!!!

ESCENA XX.

Manuel, Rafael, Adela.

Adela. ¿Qué es esto? ¿estan ustedes locos?
Manuel. Si, lo estamos; vamos á prender fuego á esta casa.
Rafael. A toda la poblacion.
Manuel. A toda Vizcaya.
Rafael. A toda España.
Manuel. A toda Europa.

RAFAEL. A todo el mundo.
ADELA. Pero, ¿qué es esto? ¿qué es esto?
RAFAEL. Esto es, que vas á decir ahora mismo á cual de los dos prefieres.
MANUEL. De una manera clara, terminante, ó por él, ó por mí.
RAFAEL. Y el que tenga la desgracia de perderte...
MANUEL. Si soy yo, la llevaré con paciencia; seré, si quereis, ayo de vuestros hijos.
RAFAEL. Y si la desgracia me tocare á mí, yo lo seré de los vuestros.
MANUEL. Decide.
RAFAEL. Resuelve.
ADELA. Me habeis puesto en un compromiso, al cual no le encuentro salida; Manuel... Rafael... no sé que hacer.
MANUEL. Es preciso.
RAFAEL. Ahora.
MANUEL. Ahora.
ADELA. Pues, nunca. Si vosotros no lo decidis, no tendrá término esta lucha. Ó tú, ó tú, me es igual: de tal modo me habeis trastornado la cabeza entre los dos, que...
RAFAEL. ¡Pues estamos bien! (*Corta pausa.*)
MANUEL. Me ocurre una idea: que lo decida la suerte.
RAFAEL. Me conformo.
ADELA. Y yo: veamos de que modo.
MANUEL. Te vendamos los ojos: nos colocamos cada uno en un punto de esta sala, y el que cojas, es tu marido.
ADELA. Corriente.
RAFAEL. ¡Soberbio!
MANUEL. Y para evitar dudas, al que atrapes, le has de decir clara y distintamente: eres mi marido.
ADELA. Lo diré.
RAFAEL. A vendarte los ojos.
MANUEL. Esto debiera hacerlo una persona extraña, si no vamos á quedar despues con la duda, de si vió ó no vió por debajo de la venda.

ESCENA XXI.

MANUEL, RAFAEL, ADELA, JIMENEZ, *sale por el fondo y se dirige al cuarto de Adela.*

JIM. ¿Ya estan en paz?

MANUEL. ¿Jimenez?
JIM. ¿Qué se ofrece?
MANUEL. Entras en ese cuarto y vendas los ojos á esta señorita, pero bien vendados, que no quede ningun resquicio.
JIM. ¿Se va á jugar á la gallina ciega?
MANUEL. Ya lo sabrás.
JIM. Pues, vamos allá, porque tengo prisa, me está esperando el caballero que hay al lado de usted. (*A Adela.*)
ADELA. Ea, vamos, yo buscaré un pañuelo que tengo bien tupido. Mi tia acaba de salir y no podrá enterarse...

ESCENA XXII.

MANUEL, RAFAEL, *poco despues los* MOZOS 1.° *y* 2.°

MANUEL. ¿Con que vamos á concluir?
RAFAEL. De una vez.
MANUEL. Pero es que nos engañamos el uno al otro, porque por mas que procurase conformarse con su suerte el que la tenga adversa, ha de mirar al otro con envidia.
RAFAEL. Y envidia entre nosotros, quiere decir enemistad.
MANUEL. Y la enemistad entre nosotros, es peor que la muerte.
RAFAEL. No queda mas que un instante.
MANUEL. Un instante que puede salvarnos.
MOZO 1.° Ya estamos aqui, si hemos de cargar con los equipajes...
MANUEL. Mira, esto es providencial, esperad. (*A los Mozos.*)
MOZO 2.° Es que va á salir el coche.
MANUEL. ¿Vamos á escaparnos y la dejamos en blanco para siempre?
RAFAEL. De todas maneras, mujer que comparte el amor entre dos...
MANUEL. Mozo. (*Váse con un Mozo.*)
RAFAEL Mozo. (*Váse con otro.*)

ESCENA ULTIMA.

ANTONIO, *viene por la puerta del foro, poco despues* ADELA, *luego* MANUEL, RAFAEL, *y los dos* MOZOS *cargados con los equipajes.*

ANTONIO. Pues señor, la poblacion promete; he dado una vuelta corriendo á la ventura por esas calles. ¿A qué ha-

bré venido á Deva? Ello dirá. (*Sale ahora Adela de su cuarto, vendados los ojos y á tientas.*) ¡Qué miro! ¡mi amada! ¡la del billete! ¡la de las persianas verdes! ¿A dónde irá de ese modo? ¡Estoy atónito! observemos. (*Adela divaga un instante por la escena, hasta que tropieza con Antonio, á quien agarra.*)

ADELA. Eres mi marido. (*A este tiempo aparecen Manuel y Rafael, y se quedan á dos pasos de sus cuartos, los mozos junto á ellos.*)!

ANTONIO. ¡Oh dicha!

ADELA. ¡Qué oigo! (*Se quita de un tiron el pañuelo de los ojos.*) ¡Qué miro!

ANTONIO. ¿A quién has de mirar? á tu marido.

ADELA. Pero ¿quién estaba en esta sala cuando yo salí?

ANTONIO. Yo solo.

ADELA. ¿Luego, ustedes se marchaban? (*Manuel inclina la cabeza, Rafael hace lo mismo.*) ¡Bien! mi amor propio ofendido... Si, si, me caso con usted.

ANTONIO. ¡Toma! pues ya lo sé yo.

ADELA. Sí, con usted.

ANTONIO. Si yo lo decia, ¡si me la depara el destino, ella vendrá! Es la del billete, ¿os acordais?

ADELA. Pero yo debo ante todo, declarar á usted...

ANTONIO. ¿Ello es, que está usted resuelta á darme su mano?

ADELA. Lo estoy.

ANTONIO. Lo demas me importa poco.

ADELA. Adelita... á los pies de usted. (*Quiere irse*)

RAFAEL. Señorita... (*Lo mismo.*)

ANTONIO. ¿A dónde vais?

MANUEL. Adonde nos lleve la diligencia que va á partir.

RAFAEL. Este es nuestro destino.

ANTONIO. No, él os manda quedaros aqui. (*Se oye el ruido de una diligencia que parte.*) ¡Lo veis! Voló. Adentro con esos equipajes. (*Se van los mozos á los respectivos cuartos de Manuel y Rafael.*) Ademas, teneis que cumplir una promesa. Tú me ofreciste ser mi padrino de boda. (*A Manuel.*)

MANUEL. Y es verdad.

ANTONIO. Y tú, testigo. (*A Rafael.*)

RAFAEL. No puedo negarlo.

ANTONIO. Decidme ahora que son extravagancias. ¿A que atribuis mi inesperado y repentino enlace?